1741 J.A HOUDON 1828
VOLTAIRE

1ª APARICION DE VOLTAIRE

Para descansar el cerebro fatigado, esa noche en la celda se puso a leer un libro en que se contaba minuciosamente la muerte de Voltaire, necio y desventurado personaje que en el espantoso trance interesábase más por el destino de su vieja osamenta, semiputrefacta ya, que por el de su alma inmortal. Leyó las artimañas de que se valió para que no se negara a su cuerpo la sepultura eclesiástica, que ansiaba sólo por la más inexplicable y contradictoria vanidad. Para lograr ese propósito llamó al confesor y consintió en firmar un documento retractándose de sus doctrinas.

Pero, como mejorase de esa enfermedad y recobrara la salud, se arrepintió de su retractación, y temiendo recaer en ella si volvía a enfermarse, levantó en presencia de un notario una protesta contra una manifestación análoga que in artículo mortis pudiera arrancarle otro confesor.

Pasaron nada menos que treinta y cinco años; Dios lo esperaba con infinita paciencia. Se halló de nuevo en trance de muerte, y preocupado siempre por el destino de su cadáver, aceptó los auxilios de M. de Tersac cura de San Sulpicio, su parroquia y extendió la retractación de ritual, sin la que ningún sacerdote tenía facultad para absolverlo. Pero el cura sometió el caso al arzobispo, que no aceptó aquel documento redactado con demasiada astucia, y exigió algo más categórico. Voltaire,

aprovechando una fugaz mejoría, empezó a chicanear. De pronto llegó de veras la muerte, y el filósofo expiró, no rodeado de flores y amigos y dialogando y sonriendo filosóficamente, según lo imaginaban sus admiradores, sino blasfemando; desnudo, porque su vientre inflamado no soportaba ni uma hebra de hilo, y gritando que le dieran un estanque de hielo para aplacar la sed.
Tales llegaron a ser su tortura y su desesperación, que hundió las manos en el pus de su vejiga y se llenó la boca, mientras los circunstantes, su sobrina la Denis, su sobrino Villette, su criado Wagniéres, sus médicos Tronchin y Lorry, transidos de horror, contemplaban la escena.
Talis vita, finis ita dijo el fraile yendo a cerrar el libro.

Se contuvo al ver una fecha: Voltaire había muerto el 30 de mayo de 1778, y esa noche se cumplía el segundo centenario.

— ¡Doscientos años! exclamó el superior. Sucesión inacabable de sufrimientos. Y sin embargo todavía su eternidad ni siquiera ha comenzado. ¿Qué misterios, Señor, los de estas almas a las que disteis más luz que a las otras y que os han blasfemado más? ¿Qué escondido deleite hay en el orgullo, que embriagó y perdió a la tercera parte de los ángeles?
Con estos pensamientos se puso a rezar, hasta que lo venció el sueño y se durmió.
Debió dormir apenas dos horas; un fuerte ruido le hizo abrir los ojos y vio por la ventana que aún no había salido la luna. Plena oscuridad en la huerta, y en su celda un resplandor extraño y un insufrible hedor.
Se incorporó en el camastro y estiró la mano hacia su pila de agua bendita. Lo paralizó una voz infinitamente dolorosa, que venía del rincón más alejado.
— Guárdate de tocar esa agua, porque me harías huir. Guárdate de pronunciar exorcismos, si quieres que te comunique los secretos del porvenir. Yo soy el desventurado filósofo cuya muerte viste escrita; un sabio a los ojos de los necios, y hoy un necio eterno a mis propios ojos... ¿Quieres oírme?
Fray Plácido alcanzó a ver la figura de un hombre desnudo, con las

carnes calcinadas y consumidas; evidentemente, la figura de Voltaire.
— ¡Habla en nombre de Cristo!
No bien pronunció esta palabra, oyó el crujir de aquellos huesos, los vio doblarse hasta arrodillarse sobre las baldosas y escuchó un lamento:
— ¿Por qué lo llamaste? ¿No sabes que cuando suena ese nombre todos los habitantes del cielo y del infierno se arrodillan? Tú no puedes ni siquiera imaginarte el suplicio que es para mí, que solamente lo llamo ´el Infame',
adorarlo cada vez que otros lo nombran con su verdadero nombre.
— ¡Habla; no lo nombraré más! dijo el fraile, temeroso de espantar aquella sombra a la que deseaba arrancar sus secretos.
Y al advertir el rictus de la desdentada calavera, le preguntó, perplejo:
— ¿Te ríes, Voltaire?
— Esta risa es mi condenación. Yo he hecho reír a los hombres para que no creyeran en la divinidad del Infame. ¡Y yo creía! Creía y temblaba, sabiendo que un día nos encontraríamos frente a frente. Me sentía dotado de una inteligencia portentosa, mayor que la de todos los hombres después de Salomón, y pude elegir entre servir a Dios o alzarme con ella contra Él y ser su enemigo eternamente.
— Y dijiste, como Luzbel: ¡*Non serviam*!
— ¡Sí! Y Él me dio, en cambio, larguísima vida, para que tuviese tiempo de arrepentirme.
— ¿Y ahora te arrepientes de no haberla aprovechado?
— ¡No! Arrepentirse es humillarse, cosa imposible en la miserable condición de mi alma. Si yo volviera a vivir, volvería a condenarme...
— ¡Explícame ese horrible misterio!
— Durante sesenta años fui festejado y aplaudido como un rey. Poetas, filósofos, príncipes, mujeres, se pasmaban de admiración ante la más trivial de mis burlas.
— ¿Y tú, te admirabas también a ti mismo?
— Yo, a medida que avanzaba la vejez, tenía mayor asco del objeto de aquella admiración de hombres y mujeres, pues cada vez que abría mi boca, antes que ellos sintieran el rumor de mis palabras, yo olía el hedor de mi aliento.
Pero si era nauseabunda la fetidez de mi boca, era incomparablemente

peor la hediondez de mis pensamientos.
— ¡Infeliz!
— Ellos me consideraban un semidiós y yo los despreciaba, sintiendo pudrirse mi carne, envoltura del alma inmortal. ¡Ay de mí! Durante 84 años esa carne, que iba disolviéndose, fue mi única defensa contra el Infame. Mientras yo, es decir, mi voluntad, subsistiera atrincherada en esa carne, podría seguir lanzando mi grito de guerra: ¡Aplastad al Infame!
— ¡Cristo vive, Cristo reina, Cristo impera! exclamó, horrorizado, el viejo, sin pensar en las consecuencias de esa triple alabanza.
— ¡Ay! dijo Voltaire con indescriptible lamento; y otra vez se oyó el siniestro crujir de sus rodillas quemadas que se doblaron hasta el suelo; y se vio a la macabra figura postrarse de hinojos. Éste es mi tormento mayor: ¡confesar su divinidad!
— *In nomine Jesu* murmuró el fraile para sí mismo, *omne genu flectatur cœlestium, terrestrium et infernorum*.
Y añadió en voz alta:
— ¿Acaso no temías a Dios?
— ¡Oh, sí, lo temía! ¡Oh, miseria y contradicción de mi soberbia! Cuando pensaba en la muerte me aterraba, y hubiera dado mi fortuna, mi fama y mis libros por un solo grano de humildad, la semilla del arrepentimiento. Pero la humildad no es natural; es sobrenatural. Un hombre sin ojos podría ver más fácilmente que un hombre soberbio decir: ´Pequé, Señor; perdón. µ Ver sin ojos es contranatural; una fuerza natural puede modificarse por otra fuerza natural. Pero arrepentirse sin humildad es contra lo sobrenatural, infinitamente más allá de las fuerzas del hombre. Se necesita la gracia divina.
— ¿Y, por ventura, Dios no te la dio?
— ¡Sí, a torrentes! Pluguiera el cielo que no se me hubieran dado tantas gracias. Pues, al juzgarnos en esta sombría región, se tienen más en cuenta las gracias rechazadas que los pecados cometidos.
— ¡Sigue, Voltaire! Te escucho con ansiedad.
El patriarca de Ferney prosiguió así, entre secos y horripilantes sollozos:
— Cuando uno ha rechazado obstinadamente durante veinte años, treinta años, medio siglo, los auxilios sobrenaturales de la gracia, Dios lo

abandona a sus simples fuerzas naturales, la inteligencia y la voluntad. Yo veía mi destino si no me humillaba; pero humillarme habría sido un milagro. Y mi orgullo me embriagaba diciéndome que yo, hediondo y agusanado, podía por mi libre albedrío resistir a la gracia, complacerme en mi fuerza y luchar contra Dios. ¡Qué delirio, hacer lo imposible aun para las estrellas de los cielos y los mismos arcángeles: resistir a Dios! Tenía el frenesí de la blasfemia y del sacrilegio. Por burlarme del Infame comulgué muchas veces sacrílegamente delante de mis criados; y mis amigos me aplaudían y me imitaban. Y así llegué al día del espanto.
— La hora de la venganza dijo el fraile, horrorizado. Effunde frameam. Desenvaina tu espada, Señor.
— Así fue; llegó el turno de Dios, y desenvainó la espada sobre mí.
— Cuéntame tus últimos momentos.
— Los hombres no sospechan los misterios de esa hora, especialmente del postrer momento en que las potencias del alma, la memoria, el entendimiento, la voluntad, adquieren una agudeza inconmensurable.
— ¿Cuánto dura eso?
— Supón que sólo sea un segundo; pero en ese segundo cabe mucho más que toda tu vida, por larga que fuera; allí cabe tu eternidad. En ese instante puede tu voluntad fijarle el rumbo. ¡Desventurado de mí! La obstinación de ochenta años, transformada en impenitencia final, es como un muro de bronce incandescente que rodea el alma y aguanta el último asalto de la misericordia, temblando, ¡oh, contradicción!, de ser derrotada, y espantándose de antemano de lo que será su propio triunfo. ¡Ay de mí! Yo triunfaba. Los rayos de la gracia se rompían sobre mi corazón como flechas de marfil contra una roca.
— ¿Triunfa la gracia alguna vez?
— Millares de veces, porque es la virtud de la Sangre. ¡Cuántas retractaciones inesperadas, que quedan en el secreto del más allá! Pero si vieras la dureza de los que pecaron contra el Espíritu... de los desesperados, de los irónicos que por lograr un chiste arrojaron una blasfemia, de los que vendieron al orgullo su última hora, de los apóstatas. Para asistir y vigilar la impenitencia final de ésos, el diablo abandona toda otra ocupación. Y se mete en sus venas y hay como una transfusión del orgullo diabólico en el alma del renegado.

— Los hombres no conocen las profundidades de Satanás murmuró fray Plácido.
— Si el diablo pudiera arrepentirse, ése sería el momento de su conversión, cuando por fortalecer la soberbia de un alma se ha empobrecido de la suya transfundiéndosela. ¡Ay!, cuando se llega a esas profundidades, el alma se hunde voluntariamente en su destino.
— ¿Voluntariamente? interrogó el fraile.
— ¿Te sorprende? Escucha: yo he firmado con mi propia mano mi eterna condenación. Y la volvería a firmar cien veces, con pleno discernimiento, antes de humillarme y decir ¡Pequé, Señor; perdóname!
— No cabe en mi mente replicó fray Plácido aterrado que sea verdad el que si volvieras a vivir volverías a merecer tu condenación.
— ¡Sí, cien y mil veces! En el último instante de mi vida, cuando por aliviar mi sed me llené la boca de inmunda materia y arrojé aquel espantoso alarido que ha quedado en mi historia; cuando mis ojos se cuajaron, todos me creyeron muerto. Pero yo estaba vivo, arañando el barro podrido de mi carne que todavía, por unos segundos, me libraba de caer en manos de Dios.
— ¿Todavía podías arrepentirte?
— Sí, Y se me apareció el Infame con su corona de espinas y las llagas abiertas en manos y pies; el pecho ensangrentado y un papel sin firma, que era mi sentencia. ´Yo, que te redimí con mi sangre, me dijo, ´no la firmaré; pero te la entrego a ti para que tu libertad disponga'. Durante un segundo, en que vi mi pasado y mi porvenir, sopesé las consecuencias. Ya ni siquiera tenía que pedir perdón. El Infame se adelantaba a ofrecérmelo; bastábame aceptarlo confesando que pequé. El mundo ignoraría hasta el día del juicio mi retractación, y yo me salvaría. ¡Imposible! Durante sesenta años había combatido contra el Infame. Si ahora aceptaba su perdón, la victoria sería suya. Si lo rechazaba, yo, gusano de la tierra que no tenía más que medio minuto de vida, me levantaría hasta Él y haría temblar los cielos con mis eternas blasfemias. Pero era tal el horror de mi destino que vacilé. ¡Quién me hubiera dado un grano de humildad en ese instante!
— ¿No lo habrías rechazado, acaso?
Voltaire guardó silencio y luego respondió, con voz cavernosa.

— ¡Sí, lo habría rechazado! Entonces cogí la sentencia que Él no quería firmar, y yo fui mi propio juez y la firmé con esta mano que escribió La Pucelle y que ahora derrite el bronce... ¡Mira!
Voltaire alargó aquella mano que tantas blasfemias inmundas había escrito con extrema agudeza y rozó un candelero de bronce, en una alacena de la pared.
El duro utensilio se derritió como se habría derretido una vela puesta en la boca de un horno. Las gotas del metal cayeron sobre las baldosas y allí se aplastaron.
— Sabe, pues prosiguió Voltaire que ninguna condenación lleva la firma del Cordero. ¡Todas llevan la nuestra!
Sonó una campana. Voltaire se estremeció.
— Las campanas me aterran. Todo lo que mide el tiempo me aterra. Un año. Diez años. Doscientos años. ¿Cuándo se acabará el tiempo y empezará la eternidad desnuda?
— ¿Cuándo? interrogó el superior ¿Acaso no se divisan ya las últimas etapas del Apocalipsis?¿No ha saltado ya el sexto sello del libro de los siete sellos?
La luna brillaba entre los cipreses de la huerta. Voltaire miró hacia las cruces plantadas en la tierra a la cabecera de los muertos en el Señor, y volvió los ojos con angustia.
— Un día no lejano florecerá el lapacho en el fondo de la huerta; y se levantarán los muertos a recibir a su Señor; tú, que no morirás hasta su venida, subirás con ellos los resucitados en los aires, para acompañar al que vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Pero antes... se detuvo.
El fraile temió que se callara en el momento de la revelación, y lo instó con estas palabras:
— Antes habrá venido el Anticristo...
— Sí exclamó Voltaire con diabólico entusiasmo. Ésa será la época en que el Infame será vencido en el catolicismo y en sus santos... Vosotros los frailes creéis invencible al catolicismo. ¡No! ¡Sabe que será vencido!
— Ya lo sé respondió fray Plácido es de fe que será vencido, mas sólo por un tiempo. El Apocalipsis anuncia que la Bestia del Mar, o sea el Anticristo, dominará todos los pueblos, lenguas y naciones, y hará guerra a los santos y los vencerá, lo cual le será permitido durante cuarenta y

dos meses. Pero, ¿eso tardará mucho todavía? ¿Quiénes se equivocan: los que creen que faltan miles y miles de años para la venida del Anticristo, o los que creen que estamos ya tocando su reino?
— ¿Tú qué crees?
— Yo creo respondió fray Plácido que el Anticristo vendrá pronto, y que esa venida ocurrirá antes del período de paz religiosa durante la cual el diablo estará preso y atado con una gran cadena y encerrado en el abismo.
— ¿No sabes que esa no es la opinión de la mayoría de vuestros intérpretes?
— Sí, lo sé dijo el fraile. La mayoría de los intérpretes modernos sostienen que el fin del mundo aún dista millares de siglos, y que el Anticristo vendrá en las vísperas del día grande y horrible del Señor, cuando Satanás salga de su prisión y sea desatado por un poco de tiempo. Pero yo pienso lo contrario: que aunque el mundo pueda físicamente durar millones de años, la humanidad está ya próxima a conocer al más grande enemigo de...
— ¡No lo nombres! Ya te comprendo.
— Y que ese enemigo, que llamamos el Anticristo, será una persona; un hombre de perdición, como dice San Pablo, y no una sociedad ni una secta, como sostienen algunos.
— Piensas con verdad: será un hombre, pero no estará solo; se encarnará en una orden religiosa cuyo superior será su falso profeta.
— ¿Qué orden?
— Dentro de diez años lo adivinarás sin que yo te lo diga.
— Y creo prosiguió el fraile que los judíos lo recibirán como al Mesías, y por lo tanto que su venida será antes de la conversión de los judíos, en medio de una gran persecución de todas las naciones contra el pueblo de Israel. De modo que la verdadera señal de la aproximación del Anticristo no será la persecución universal de los cristianos, sino la persecución de los judíos.
— ¡Esa es la verdad! dijo Voltaire.
— Y pienso también que esto ocurrirá pronto, y que sólo después de la muerte del Anticristo se convertirán los judíos y Jerusalén será restaurada, con un rey de la estirpe de David.

— ¡Así será! confirmó Voltaire
— ¿Está pues próximo a nacer el Anticristo?
— Ha nacido ya.
— ¿Dónde? ¿De qué raza? interrogó ansiosamente fray Plácido; pero la desconfianza lo turbó. ¿Cómo voy a creerte, si eres hijo de la mentira?
— El Señor me manda decir verdad: el Anticristo, que nació en 1966, es de la tribu de Dan; y lo proclamarán su rey no solamente los judíos, sino también los musulmanes.
— ¿Será grande su imperio?
— Sí: el número de sus jinetes será de doscientos millones, según el cómputo del Apocalipsis.
— ¿Y su capital cuál será?
— La ciudad de su nacimiento, la mayor y más gloriosa y más santa ciudad del mundo.
— ¿Jerusalén, entonces?
— No: Roma.
— ¿Roma, cuna y capital del Anticristo? exclamó estupefacto el fraile. ¿Por qué, pues, los intérpretes dicen que nacerá en Babilonia?
— Roma es Babilonia. Vuelve a leer el final de la primera epístola de Pedro Apóstol y hallarás la explicación. Todo está en las Escrituras. Todo está profetizado.
— Sí dijo el fraile. El profeta Amós ha dicho: ´El Señor no hará nada que no haya revelado a sus siervos los profetas'. Pero los intérpretes disputan sobre el sentido de las profecías. Centenares de años han pasado discutiendo lo que simbolizan las siete cabezas de la Bestia del Mar, que tienen diadema... ¡Explícame eso!
— Está en el Apocalipsis,y tú lo sabes. Son siete reyes, que lo han sido, materialmente o moralmente, por la influencia que ejercieron entre los hombres. Cinco de ellos pasaron ya: Nerón, Mahoma, Lutero; el cuarto fui yo, y el quinto Lenín.
— ¿Y los que no han pasado todavía?
— El sexto ya es: el emperador del Santo Imperio Romano Germánico...
— Pero ni ese imperio ni ese emperador existen. Hay un Imperio Romano sobre el cual manda Carlos Alberto, y hay un Imperio Germánico que tiene por soberano a Adolfo Enrique.

— Antes de diez años no formarán más que uno respondió Voltaire. Berlín y Roma serán ciudades de un solo imperio, bajo el cetro del sucesor de Adolfo Enrique, quien preparará el advenimiento del séptimo rey, que será rey de Roma, el undécimo cuerno del Dragón...
— ¡El Anticristo!
— Yo volveré a visitarte dentro de diez años y dentro de veinte.
— ¿Y yo estaré vivo aún? Piensa que he nacido el primer día de este siglo.
— Tú, que vives ahora bajo el Pastor Angélico, verás pasar como ondas de un río a los últimos papas, a Gregorio XVII, a Paulo VI, a Clemente XV. Tú concurrirás al cónclave que elegirá a León XIV, judío, hijo de Jerusalén, convertido al Infame y bajo cuyo reinado se convertirán los judíos, y tú verás florecer el lapacho y al último Papa, Petrus Romanus.
Fray Plácido escuchaba y temblaba.
— ¿Seré cardenal, por ventura?
— No necesitarás serlo. Reinará en Roma la sexta cabeza, que hará morir a un papa; y tú habrás conocido a la Bestia de la Tierra, el falso profeta del Anticristo, y vendrá la hora de la séptima cabeza, que será una mujer, y del undécimo cuerno, el rey de los romanos, el propio Anticristo.
— ¿Y la orden gregoriana existirá entonces?
— Dentro de diez años te contestaré. Te baste saber que de la orden saldrá un astro resplandeciente, cuyo nombre está en el Apocalipsis. ¿Podrías descubrirlo?
— ¡Ajenjo! murmuró fray Plácido con un hálito de voz.
— ¡Creí que no fueses capaz de nombrarlo!
¿Por qué el superior de los gregorianos dijo aquel nombre, que significa en el Apocalipsis una estrella caída? ¿En quién pensó? ¡En nadie! ¡Dios era testigo de que en nadie pensó!
Para aturdir su inquietud se puso a repetir el texto del Apocalipsis.
—´Y el tercer ángel tocó la trompeta, y cayó del cielo una gran estrella ardiendo como un hacha; y cayó en la tercera parte de los ríos y en la fuente de las aguas. Y el nombre de la estrella es Ajenjo, y la tercera parte de las aguas se convirtió en ajenjo y murieron muchos hombres que las bebieron, porque se tornaron amargas'.
Aquel símbolo había sido interpretado como alusión al fraile apóstata

Lutero, cuyas doctrinas envenenaron a tantos millones de hombres.
— ¿Podría aplicarse 500 años después a otro personaje? Quiso pedir aclaración pero Voltaire había desaparecido. La puerta de la celda estaba cerrada. Por los vidrios de las entornadas ventanas llegaban torrentes de luna.
Fray Plácido abrió de par en par la puerta y la ventana, porque el hedor de la habitación era insufrible.
— ¡Qué extraño sueño! se dijo cogiendo un hisopo y rociando con agua bendita el suelo y las paredes.
Era noche de plenilunio. Todo aparecía envuelto en un cendal de plata. No había para qué encender la luz.
Se acodó sobre el alféizar y respiró a pleno pulmón el aire sutil y purísimo. Contó dos, tres, cinco cruces entre los matorrales; vio las ramas yertas del lapacho, sintió sueño y se recogió. Pero al encaminarse a la tarima su pie tropezó con un obstáculo Se agachó; era una plasta de bronce fundido.
— ¡El candelero! exclamó con espanto.
Se santiguó, se acostó de nuevo y se durmió en el acto.
Ya en las campiñas lejanas cantaban los gallos presintiendo el alba.